



Vima era antes la ciudad de las viejas. En cada casa había una, dos, cuatro, media docena de viejecitas, parientes, protegidas ó antiguas servidoras de la familia, que allí arrastraban una vida humilde y callada, no apareciendo sino en la hora de las comidas, no perturbando la paz y el silencio del hogar sino con sus toses y con el monótono cantaleteo de sus rezos; contentas, á pesar de todo, al sentir que en torno de ellas alentaban otros afectos y satisfecas, modestamente, con las migajas de cariño que á veces, no siempre, alguna alma compasiva solía concederles. Por las mañanas, muy de madrugada, se les veía salir á misa, con la alfombrita debajo del brazo. En su sillón de paja se pasaban horas enteras, con la mirada fija en el suelo, apoyadas en las rodillas ambas manos, que parecían sarmientos por lo nudosas y retorcidas, y sobre la falda tenían un cuadradito de bayeta, con el que se cazaban las pulgas. Las buenas señoras sabían historias de duendes y de hadas, que contaban á los chicos para que se estuvieran tranquilos, conocían muchas y muy milagrosas recetas para el dolor de cabeza, para las picaduras de arañas, alacranes, hormigones y demás bichos venenosos, eran muy duchas en achaques de genealogías, entrocamientos y parentescos, velaban á los enfermos, consolaban á los afligidos, y cuando la muerte se colaba en la casa, la recibían ellas con cierta familiaridad, como á persona de confianza, y nadie se sabía, como ellas, de memoria, las oraciones para bien morir. Ante los grandes acontecimientos domésticos, matrimonios, nombramientos, loterías, quebrantos y duelos, movían de un lado á otro la cabeza temblona, levantaban los ojos al cielo, lanzaban un suspiro muy hondo y lastimero, y pronunciaban,—indefectiblemente, sin variantes, con aire de convicción inquebrantable,—esta frase, en la que ellas resumían toda su triste y pobre experiencia de viejas:

—Así es la vida. ¡Todo sea por Dios!

¡Así es la vida! En realidad, tenían razón las pobres viejas, y después de mucho estudiar todo eso que los filósofos llaman los primeros principios y las causas finales y el fenómeno y el noumeno, sólo hemos venido á sacar en claro, los que tenemos el espíritu investigador y curioso, que así, así es la vida, tal como la vivimos todos los días, llena de pequeños goces y de menudas tristezas, de luchas mezquinas contra la maldad, la indiferencia, la ingratitud y la torpeza, obscura, dolorosa, amarga, y atravesada sólo, de tiempo en tiempo, por alguna de esas rachas de pasión, bajo cuyo soplo nuestras pobres almas se agitan y se retuercen y desesperadamente se mecen como árboles sacudidos por los aquilones. Esas viejecitas, que se hundían en su sillón de paja para parecer más pequeñas y pasar más inadvertidas, anhelantes tan sólo de calma y de olvido, habían sido también (aunque al verlas nadie lo creería) jóvenes y lindas, y habían gustado de las embriagueces divinas del amor humano. A veces, sin duda, mientras repasaban las cuentas de sus rosarios, con la mirada perdida en el vacío é iluminados por una sonrisa pálida los descoloridos labios, semejante á esos rayos amarillos de los crepúsculos de otoño que se reflejan dulcemente en las ventanas, á veces, digo, en esos momentos, evocaban sin duda, la sombra casi indecisa de un recuerdo de amor, el destello fugitivo de la ilusión entrevista y no alcanzada, el inolvidable episodio de una novela que quedó trunca, talvez porque hubo engaño, talvez porque faltó fe y coraje para llevarla á término, talvez porque los padres se opusieron, acaso porque la muerte se llevó al galán, si no fué la vida quien lo arrastró por otros rumbos. Y al ver así, ya en los bordes de la tumba, esa fil· de años que se siguen cogidos de la mano y que forman los eslabones de la cadena de la vida, sentían, de fijo, las infelices, ese raro sobrecogimiento, ese frío temblor que á todos nos estremece cuando, en ciertos momentos decisivos y supremos, contemplamos,

❁ Los FOTOGRAFADOS de la casa Southwell, Pando 765, son los más perfecto, únicos en su clase—

en un trágico vislumbre, los pavorosos misterios de la existencia. ¡Así es la vida!, dicen las viejas; y ese decir es el compendio de la filosofía de poco precio, al alcance de los pobres de espíritu, al uso de los cerebros ignaros y humildes, para quienes el vivir es tarea tan fatigosa y ardua, que ni tiempo tienen para averiguar porqué es que viven. ¡Todo sea por Dios!, añaden ellas; y en verdad que éste es un gran consuelo, porque medrados estaríamos si el respetable caballero que habita en los cielos no tuviera en cuenta las penurias y fatigas que en este valle de lágrimas padecemos, para compensarlas con creces en el prometido Reino de las recompensas.

Ya han desaparecido casi todas esas amables viejecitas. Se han ido para no más volver, como el ingenio de los limeños, como la belleza de las limeñas, como las pastas de convento y los azafates de mistura. ¡Cuánto extraño yo esa Lima de antaño, con su aire señorial y caduco, con su sonoro vocerío de campanas, con sus viejecitas que se deslizaban, envueltas en la manta negra, con paso rápido y tácito de ratones, al ras de las paredes! En la flamante "ciudad del siglo XX" las viejecitas no tienen ya razón de ser, y por eso, para acabar con las que quedan, vamos á implantar el tranvía eléctrico.

*
**

Estas reflexiones se me han ocurrido, mientras preparaba mi artículo para ACTUALIDADES, al recordar los acontecimientos de la semana. El sábado, un amigo á quien quiero y una encantadora niña, llenos de fe en el Porvenir, cediendo á los estímulos de un amor bien probado, prestan el juramento que para siempre los une y se van cogidos del brazo por los senderos floridos, con el alma vestida de fiesta. Al salir del matrimonio, dichoso de la dicha agena, me comunican el fallecimiento de un simpático, distinguido y estimabilísimo muchacho, ocurrido cuando nadie podía preverlo lejos de los padres, amantísimos, que en él se veían reproducidos con orgullo. Y dos días después, cuando me sentaba á almorzar, me dan la noticia de que un vecino, un francés culto y agradable, de carácter jovial y expansivo y de amenas maneras, se había pegado un tiro. ¿Porqué se pegó un tiro el excelente señor? He aquí un misterio; pero un misterio que no es tan grande, puesto que, al menos el mismo suicida conocía el fondo del enigma. ¿Pero porqué, porqué, porqué ha muerto así, en el encanto de una feliz adolescencia, el noble jóven, á quien todo le sonreía y que era una esperanza para su patria y su familia? La Providencia en sus inescrutables designios.....

Ya ven ustedes que así es la vida. ¡Todo sea por Dios! Aceptémosla como viene, "*Repause en sa croix, c'est l'appesantir,*" ha dicho Amiel.

CABOTIN.



Don Agustín Arroyo Concha

Telegramas de la república Argentina anunciaron, en pasados días, la muerte del distinguido joven don Agustín Arroyo Concha, acaecido en Mendoza.

Adornaban al malogrado don Agustín relevantes cualidades de inteligencia y de bondad, que en esta capital pudimos reconocer los que cultivamos su amistad.

"ACTUALIDADES" une sus condolencias á los que, unánime y sinceramente, se le han presentado á las familias del malogrado joven.



Foto. Courret